

Media noche había sonado, cuando Bourbotte y Duroi que habían salido para ir á tomar su puesto en el Comité de Seguridad General para el que acababan de ser nombrados, se encontraron con Legendre y otros diputados, que al frente de un batallón de la guardia nacional acudían á la Convención. Esta fuerza fué rechazada, pero luego vinieron más batallones al grito de ¡viva la Convención! ¡Abajo los Jacobinos! y los invasores de la Convención fueron expulsados y dispersados.

Todo el día se había tardado por los thermidorianos para reunir unos cuantos batallones con que dispersar una insurrección sin organización y sin jefes; que nada hizo en todo el día fuera de estarse en la Convención gritando y pateando, pues como hemos visto, lo que en la Convención se decretó sólo tuvo por objeto dispersar el tumulto y organizar un gobierno que había desaparecido.

Este gobierno que tan cobarde se había demostrado durante todo el día, pues sólo cuando se convenció de que no había revolución sino bullanga, dió señales de vida, se presentaba ahora en la Convención decidido á cubrir su ignominia atropellándolo todo.

Boissy d' Anglas reapareció en la presidencia. Se declararon ilegales los decretos que se acababan de dar horas antes, y se ordenaba la prisión de sus autores como «culpables de haber querido que todos sus colegas sufrieran la suerte de Féraud.» Hecho esto, la Convención levantó la sesión á las cuatro de la madrugada.

Cuando por la mañana del día siguiente se supo en París como había acabado la sesión de la Convención, otra vez el motín espontáneo se organizó, pero esta vez tan imponente que no parecía sino que se había vuelto al 2 de Junio. Al toque de arrebato la gente de los barrios corrió á la Convención, que había vuelto á entrar en sesión á las diez de la mañana, lanzando inmediatamente una proclama invitando á los buenos ciudadanos á defenderla, mandando en seguida algunas de las fuerzas de que podía disponer á defender las Casas Consistoriales.

El pueblo lo arrolló todo. La gendarmería y artillería que protegía la Convención se puso de su lado y la Convención fué invadida apenas Legendre acaba de decir á sus colegas que morir un poco más pronto ó un poco más tarde no había de ser motivo bastante para que no hiciesen su deber.

Vernier ocupaba la presidencia al objeto de que el pueblo no se vengara en Boissy de la burla del día anterior, pero desde luego se vió lo que no se había querido ver por la madrugada, el carácter en-

teramente popular de aquellas manifestaciones. La Convención propuso una transacción que fué aceptada, esto es, «el consagrarse inmediatamente á asegurar la subsistencia de París» y al examen de las leyes orgánicas de la Constitución del año 93, para que esta pudiera entrar en vigor. Y como los barrios de Saint-Antoine y Marceau hubieran pedido la libertad para los patriotas presos desde el 9 thermidor, el presidente Vernier abrazó á sus representantes, diciéndoles que la Convención ya resolvería, y como la noche viniera todo el mundo se fué á descansar de las fatigas del día.

Ni una sola voz se había levantado para pedir la libertad de los diputados presos por la madrugada de aquel día. La insurrección que no había contado con ellos para nada, los había olvidado desde el momento que la Convención les iba á dar pan y la Constitución de 1793. Dos días había tenido el pueblo en sus manos la Convención y á los thermidorianos, y por dos veces se marchó á sus casas engañado, ¿puede, pues, cabernos duda alguna acerca de la espontaneidad de sus movimientos, y de que no obedecían á una sola cabeza que los dirigiera con un fin particular ó político?

Durante la noche de este día, fueron entrando en París varios batallones del ejército regular, y el 3 prairial amaneció con un decreto de la Convención, en el que imponía la pena de muerte á quien quiera que fuese que mandase tocar á arrebato. Por la tarde, en medio de la mayor quietud se llevaba á la guillotina al hombre que había paseado la cabeza de Féraud. Este espectáculo exaltó de nuevo los ánimos y aquel hombre fué arrancado á los gendarmes y llevado al barrio de San Antonio.

Hecho esto público «la juventud dorada» se fué á ofrecer á la Convención para ir al barrio á buscar á aquel hombre, y allí se la lanzó con varios destacamentos de la guardia nacional y caballería con dos cañones, dándosele además la orden de prender á Cambon que se había escapado cuando se dió orden de prenderle, que se estaba tranquilo en su escondite, y que no había de volver á la vida pública hasta 1815 cuando se creía que de nuevo podría con Carnot detener el extranjero, restaurar las libertades públicas, y rehacer el Tesoro público disipado por las victorias de Napoleon. Pero ya se había dado nombre á la insurrección, ya se sabía que era obra de los jacobinos, de los montañeses, de los terroristas, y por consiguiente la reacción triunfante iba por fin á solidarse derramando la sangre de los mismos que habían hecho el 9 thermidor con solo abandonar á Robespierre.

La juventud dorada invadió el barrio que estaba en profunda tranquilidad. Buscó á Cambon y no halló de él rastro alguno. El hombre de la cabeza de Féraud tampoco pareció. ¿Qué iba, pues, á decir aquella briosa expedición á su regreso á la representación nacional? Para poder decir algo, acordó llevarse la artillería del barrio. En marcha ya, y público el hecho, el pueblo fué saliendo á la calle se dificultó primero y se cerró después la marcha de la columna de la juventud dorada con barricadas y, por fin, se recobraron los cañones que se llevaba, y entonces se la dejó salir en medio de las bromas y de las cuchufetas de aquellos honrados obreros que se habían mantenido extraños á todos los movimientos sangrientos de la capital, lo mismo al 2 de Setiembre que al de Junio.

Dióse la Convención por ofendida, sin duda porque vió en frente suya una fuerza viva y serena y se dispuso para la batalla que iba á dar el día siguiente al barrio.

Antes de mandar allí la tropa votó un decreto por el que se creaba un Consejo de guerra destinado á juzgar los autores y cómplices de las jornadas de prairial. Algunos días después se declaró aplicable este decreto á los diputados presos, lo que era una monstruosidad. Las víctimas de este decreto cubrieron para siempre de sangre la memoria de Dubois-Grancé. Sólo un convencionalista protestó, y éste fué Legendre.

El Consejo de guerra no defraudó las esperanzas de los que le habían hecho nombrar. Desde el 5 prairial empezaron las ejecuciones, y en medio del terror que inspiraban se desarmó á todos aquellos guardias nacionales que parecían sospechosos á los políticos del día; se les quitó á los barrios su artillería y al pueblo sus picas. Los Comités de gobierno dejaron de llamarse de Salvación Pública y de Seguridad General; se prohibió el gorro frigio, el gorro colorado que se reemplazó por el gorro tricolor, y se mandó poner presos, lo mismo en París que en los departamentos, á todos los más significados por sus ideas revolucionarias.

Pero los hombres de la reacción no olvidaban á los diputados cuya vuelta al poder habían terminado durante las jornadas de Mayo.

Así, el día 9 prairial,—28 de Mayo,— se pidió y decretó la prisión de todos los miembros que aún quedaban de los antiguos Comités de Salvación Pública y de Seguridad General. Roberto Lindet, calurosamente defendido por varios girondinos, fué reducido á prisión; también lo fué Jean-Bon-Saint-Andre á quien se acusaba de haber destruido la

Marina, y no se decretó la prisión de Carnot, porque, como hemos dicho, Lanjuinais apostrofó á los thermidorianos diciéndoles si «osarían poner las manos en el hombre que organizó la victoria.» Carnot salvó á Prieur.

Al otro día se hizo una tentativa para detener el movimiento reaccionario que corría á la contrarrevolución. Los girondinos Lesage, Lanjuinais y Louvet, y los dantonistas Legendre y Freron, reunidos por el deseo de salvar la república, propusieron la revocación del decreto que entregaba á los diputados acusados al Consejo de guerra, pidiendo que fueran llevados delante del Tribunal Civil. Con esto hubieran comparecido delante de un tribunal ordinario; pues el Tribunal Revolucionario fué suprimido el 12 prairial,—31 de Mayo.—Había durado dos años y dos meses.

Pero como siempre, no faltaron girondinos contra girondinos. Lariviere que marchaba resueltamente al realismo combatió lo propuesto por Lanjuinais y Louvet y hombres como Clauzel y Bourdon del Oise, fautores en otro tiempo de toda clase de atropellos, combatieron á Legendre y Freron.

Los diputados presos comparecieron delante del Tribunal Militar.

Rühl, el viejo alsaciano que tuvo el valor de protestar dentro del mismo Comité de Salvación Pública de lo que se iba á hacer con Danton, se dió de puñaladas para no verse en el caso de tener que defender su vida dando así á sus compañeros un ejemplo que fué seguido.

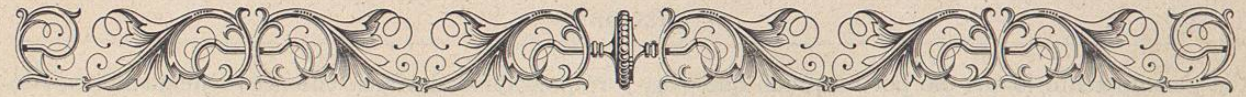
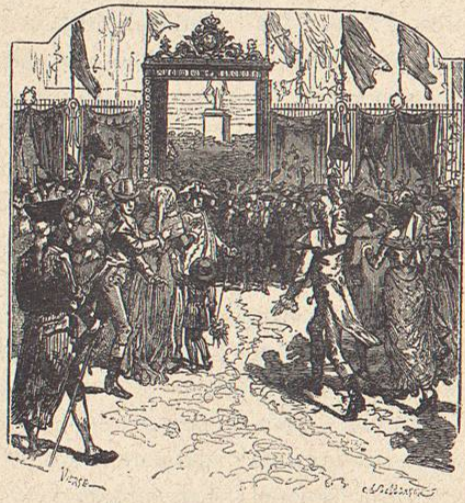
Sus seis compañeros habían sido trasladados al castillo del Taureau, en Bretaña; al notificarles que iban á ser trasladados á París, juraron darse la muerte á vista del Tribunal, y así lo hicieron. Se defendieron, sin embargo, no para salvar su vida, sino para salvar su honor. Hicieron constar que habían hablado el 20 de Mayo á instancias del presidente de la Convención, cuyo testimonio reclamó Goujon por haberle instado tres veces, y el anciano Vernier no vaciló en manchar sus canas negándose á declarar. El Consejo de guerra se negó á oír sus defensas. En suma, se les impuso la pena de muerte como se solía imponer en los Tribunales revolucionarios.

Bourbotte, el que había hecho abolir la pena de muerte el 20 de Mayo, fué el primero en hundirse en su pecho el puñal que sangriento arrancó de su herida para dárselo al bravo de Goujon que había estado casi siempre de comisario en los ejércitos, y á quien su madre, su esposa y su hermano habían dado por la mañana un puñal y un veneno para que

escapara de la guillotina. Romme, el sabio Romme, el autor del calendario republicano arrancó del corazón de Goujon el puñal para clavárselo en el suyo, y haciendo un heroico esfuerzo se lo sacó para dárselo á Duquesnoi, ex-monje, de quien pasó á Duroi, que había siempre combatido á Robespierre y á los Comités, y de éste á su íntimo amigo Soubrani que tenía la costumbre de asaltar las trincheras y fuertes que nuestros soldados habían ganado en el Rosellon y que perdieron, como ya sabemos. Pero Duroi, Bourbotte y Soubrani, no se habían matado, y fueron llevados al patíbulo moribundos. Soubrani murió durante el camino. Duroi y Bourbotte tui-

ron aún bastantes fuerzas para morir gritando: «¡Viva la república!» y «uníos todos para salvar la república.» Pero los que les oían eran sordos. La plaza de la Revolución estaba desierta, y sólo tenían oídos los soldados cuyos jefes les habían condenado.

«Este,—dice Martín,—fué el más triste día de la revolución, y la mancha más imborrable de la Convención; fué peor que el 2 de Junio y que el proceso de los girondinos, por cuanto la catástrofe de los mártires de prairial no fué precedida por ninguna de esas largas y terribles luchas personales que no justifican, pero que explican las pasiones de los partidos del año 93.»



CAPITULO XV

PAZ DE BASILEA

Prusia insiste para la paz.—Harnier en París.—Ocupación de Holanda.—La legión bávara: Daendels.—El ejército abandona al príncipe de Orange.—Actitud de los patriotas holandeses.—Orange pide la paz.—Condiciones de Francia.—Acuden los patriotas.—Orange abandona á Holanda: 18 de Enero de 1795.—La caballería francesa se apodera de la escuadra holandesa.—Abrense las negociaciones para la paz en Basilea.—No se quiere ceder la orilla izquierda del Rhin: Avensleben aconseja todos los sacrificios.—Proposición de Haugwitz.—Hardenberg en Basilea.—Paz de Basilea: 5 de Abril de 1795.—La guerra en España.—Iriarte en Basilea: 2 de Junio.—España pide la integridad del territorio y la entrega de los hijos de Luís XVI.—Muerte del Delfín.—España cede á Francia como indemnización de guerra la parte española de la isla de Santo Domingo.—Paz de Basilea con España: 22 de Julio de 1795.—Consecuencias de las paces de Basilea.—Situación económica de Francia.—La política exterior en Francia: Sieyes y Rewbell.—Carletti y Austria.—La paz con Toscana: su significación.—Recelos de Austria.—Desconfianzas de Rusia.—Publica la paz de Basilea, apoya resueltamente á Austria.—Cálculos diplomáticos.—Austria aconseja el restablecimiento de Polonia.—Preparativos militares de Austria contra Prusia.—Imprudencias de Merlin de Thionville.—Revela á Hardenberg las negociaciones de Francia con Austria.—Rómpense en consecuencia las negociaciones con Carletti.—Opinión de Sieyes.—Revela sus planes á Prusia.—La guerra en Italia.—La guerra en la Vendée.—Pitt apoya á los realistas.—Puisaye organiza una expedición.—Hoche se adelanta.—Prende á los jefes chuanes.—Sale la expedición de Inglaterra: 15 de Junio de 1795.—Qué se hizo para apoyarla: manifiesto del conde de Entraigues.—Sacrifican los ultrarealistas la expedición de Quiberon.—El conde de Artois contra Puisaye.—Derrota naval de los franceses en Lorient: 22 de Junio.—Avance de los republicanos.—Combates.—Recelos del conde de Hervilly.—Toma el fuerte de Penthièvre.—El abate Brottier detiene á de Hervilly.—De Hervilly ordena la retirada á Quiberon.—Disgusto de Puisaye.—Tallien en el ejército de Hoche.—De Hervilly ataca á Hoche.—Es derrotado.—Recobra Hoche el fuerte de Penthièvre.—Reembarque de los realistas.—Ríndese Sombreuil.—Puisaye se salva con 1.800 hombres.—Hoche se retira para no tener que ejecutar á los prisioneros.—Tallien le imita.—Sieyes descubre los compromisos de Tallien con los realistas.—Lanjuinais se lo dice á la Cabarrus.—Osadía de Tallien en la Convención.—Reclama que sean ejecutados los prisioneros.—Son pasados por las armas 600 hombres.—Charette fusila otros tantos republicanos.—Crueldad de la nueva guerra de la Vendée.—Censúrase la expedición de Quiberon.—El conde de Artois anuncia su ida á la Vendée.—Sale el 25 de Agosto.—Llama á sus partidarios.—Avance de Hoche.—Contra orden del conde de Artois: 10 de Octubre de 1795.—Desesperación de Charette.—Regresa el conde de Artois á Inglaterra.—Actitud de Alemania.—El landgrave de Hesse-Cassel se adhiere á la paz de Basilea.—Notifican Austria y Rusia á Prusia el tratado de 3 de Enero: 9 de Agosto.—Resistencia de Prusia.—Alianza incondicional de Inglaterra, Rusia y Austria: 28 de Setiembre de 1795.—Francia se decide á forzar la paz general.—Jourdan pasa el Rhin en Dusseldorf.—Pichegru en Mannheim.—Combate de Heidelberg: 29 de Setiembre.—Decrétase la anexión de la Bélgica y del país de Lieja á Francia: 1.º de Octubre.—Traición de Pichegru.—Se vende á los realistas.—Son arrojados los franceses de la derecha del Rhin.—Ejército de Italia.—Triunfan los franceses en Loano: Scherer.—Sus consecuencias.



En medio de tan grandes trastornos como los que acabamos de narrar, había, sin embargo, terminado la guerra de la coalición que iba á remediar en gran parte los males de Francia.

Hemos visto ya cómo y por dónde vinieron Austria y Prusia á sentir el más ardiente deseo para ce-

lebrar una paz pronta y sólida con Francia. Para Prusia esta paz era ya imperiosa, dado que de un momento á otro podía sentir en su daño la alianza austro-rusa. De aquí que en Basilea procurase su representante apurar á Barthelemy sobre un acuerdo y que los Comités respondieran desde París, que para tratar en serio fuera allí una persona autoriza-